



UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CUENCA

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CUENCA

Comunidad Educativa al Servicio del Pueblo

UNIDAD ACADÉMICA DE SALUD Y BIENESTAR

CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

**LA INTELIGENCIA EMOCIONAL EN LAS PRÁCTICAS DE
CRIANZA PARENTAL**

**TRABAJO DE TITULACIÓN PREVIO A LA OBTENCIÓN DEL
TÍTULO DE PSICÓLOGA CLÍNICA**

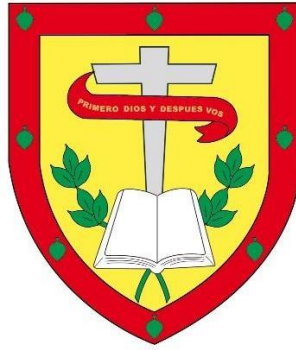
AUTOR: KAINA DENNIS CALDERÓN AGUIRRE

DIRECTORA: LIC. MARCIA BETANCOURTT AGUILERA, MGS.

CUENCA-ECUADOR

2023

DIOS, PATRIA, CULTURA Y DESARROLLO



UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CUENCA

Comunidad Educativa al Servicio del Pueblo

UNIDAD ACADÉMICA DE SALUD Y BIENESTAR

CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

**LA INTELIGENCIA EMOCIONAL EN LAS PRÁCTICAS DE
CRIANZA PARENTAL**

**TRABAJO DE TITULACIÓN PREVIO A LA OBTENCIÓN DEL
TÍTULO DE PSICÓLOGA CLÍNICA**

AUTOR: KAINA DENNIS CALDERÓN AGUIRRE

DIRECTORA: LIC. MARCIA BETANCOURTT AGUILERA, MGS.

CUENCA - ECUADOR

2023

DIOS, PATRIA, CULTURA Y DESARROLLO



Declaratoria de Autoría y Responsabilidad

Kaina Dennis Calderón Aguirre portadora de la cédula de ciudadanía N° **1105642787**. Declaro ser la autora de la obra: **“La Inteligencia Emocional en las Prácticas de Crianza Parental”**, sobre la cual me hago responsable sobre las opiniones, versiones e ideas expresadas. Declaro que la misma ha sido elaborada respetando los derechos de propiedad intelectual de terceros y eximo a la Universidad Católica de Cuenca sobre cualquier reclamación que pudiera existir al respecto. Declaro finalmente que mi obra ha sido realizada cumpliendo con todos los requisitos legales, éticos y bioéticos de investigación, que la misma no incumple con la normativa nacional e internacional en el área específica de investigación, sobre la que también me responsabilizo y eximo a la Universidad Católica de Cuenca de toda reclamación al respecto.

Cuenca, **25 de abril de 2023**



Kaina Dennis Calderón Aguirre
C.I. **1105642787**

CERTIFICACIÓN

Yo Marcia Betancourtt Aguilera, con cédula de identidad N° 0918471558 en calidad de Directora del Trabajo de Titulación con el tema: **“La Inteligencia Emocional en las Prácticas de Crianza Parental”**, certifico que el presente trabajo fue desarrollado por **KAINA DENNIS CALDERÓN AGUIRRE**, bajo mi supervisión.

A handwritten signature in blue ink, appearing to be 'M. Aguilera', is written over a faint, light blue circular stamp or watermark.

Lic. Marcia Betancourtt Aguilera, Mgs.

DIRECTORA DEL TRABAJO DE TITULACIÓN

DOCENTE DE LA CARRERA DE SICOLOGÍA CLÍNICA

Agradecimiento

Me van a faltar hojas para agradecer a los seres que se han involucrado en la realización de este trabajo. Dicen que el mejor legado que los padres pueden dejar son los estudios, sin embargo, no creo que sea la única herencia del cual yo particularmente doy las gracias, mis padres me han permitido trazar mi destino y caminarlo con mis propios medios, por ello mi eterna gratitud es para: papá, mamá y Dios quien ha obrado por medio de ellos, además para mis hermanos, abuelitos y demás familia.

De la misma manera merece especial reconocimiento a mi yo del pasado, quien por medio de su corta experiencia de vida seleccionó este gran tema de investigación, mediante el cual, aprendió a no decaer cuando todo parecía imposible, y, a través de su perseverancia ilimitada culminó con éxito este trabajo.

De igual forma, agradezco a los Maestros que me han visto crecer como persona, y gracias a sus enseñanzas hoy puedo sentirme contenta y dichosa de la influencia que han tenido en mi desarrollo profesional.

Igualmente retribuyo a todas las personas especiales que me dieron su apoyo y me impulsaron a continuar. Sé que estas palabras no son suficientes para manifestar mi gratitud, pero espero que, con ellas, se den a comprender mis sentimientos de cariño y estimación a todos ellos.

Kaina Dennis Calderón Aguirre

Dedicatoria

Le dedico el resultado de este trabajo a toda mi familia. Primordialmente, a mis padres que patrocinaron mis estudios y me contuvieron en los malos momentos y en los menos malos. Gracias por hacerme apta para enfrentar las dificultades sin perder nunca la razón ni desistir en el intento. Me han enseñado a ser la persona que hoy soy en día, mis valores, mis principios, mi perseverancia y mi constancia. Todo esto con una enorme dosis de cariño y sin esperar nada a cambio.

Finalmente, quiero dedicarles este trabajo a todos los seres especiales que me acompañaron durante esta etapa, aportando a mi formación tanto profesional y como ser humano.

Kaina Dennis Calderón Aguirre

ÍNDICE

Contents

RESUMEN	8
ABSTRACT	9
Introducción	10
<i>Problemática</i>	10
<i>Justificación</i>	11
Objetivos	15
Método	16
Desarrollo	16
<i>Importancia de la Inteligencia Emocional en la Infancia</i>	16
<i>Prácticas de Crianza Parental</i>	22
<i>Consecuencias en Niños y Adolescentes Criados con Inteligencia Emocional Limitada</i>	27
Conclusiones	37
Referencias Bibliográficas	38

Resumen

La Inteligencia Emocional (IE) se considera como una habilidad estratégica para la crianza positiva, dado que se estableció como promotora del bienestar en las personas, referente a las prácticas de crianza parental, estas descienden de competencias adquiridas del entorno y están asociadas al control de los padres sobre los hijos influyendo en el desarrollo intelectual y emocional de los niños. El trabajo de investigación tuvo como finalidad identificar la importancia de la inteligencia emocional en la infancia, conceptualizar las prácticas de crianza parental más relevantes y detallar las consecuencias que presentan los niños cuando son educados con una limitada inteligencia emocional. Con relación a la metodología se basó en una revisión bibliográfica de artículos científicos de alto impacto donde se pretendió conocer la relación de dos variables: la inteligencia emocional con las prácticas de crianza parental. En cuanto a los resultados, a partir del análisis de las investigaciones se identificó que: la IE tiene una relación significativa con las prácticas de crianza, además, la IE es importante en la infancia y adolescencia para el desarrollo de habilidades o en su defecto los niveles bajos de IE desencadenan problemas comportamentales o alteraciones emocionales y finalmente, se determinó que el uso de la IE como estrategia en las prácticas de crianza parental propende a que los hijos alcancen el bienestar integral, por el contrario, los bajos niveles de IE en edades tempranas hacen más probable el padecimiento de psicopatologías. Por ello, es importante que la crianza paterna se dé bajo lineamientos de la IE.

Palabras clave: Inteligencia Emocional limitada, prácticas de crianza parental, infancia, adolescencia, problemas comportamentales y alteraciones emocionales.

Abstract

Emotional Intelligence (EI) is considered a strategic skill for a positive child's upbringing since it was established as the promoter of well-being in people, referring to parental parenting practices; these are competencies acquired from the environment and are associated with parental control over children, influencing the intellectual and emotional development of kids. This research aims to identify the importance of emotional intelligence in childhood, conceptualize the most relevant parenting practices, and detail the consequences children present when they are raised with limited emotional intelligence. The methodology was based on a bibliographic review of high-impact scientific articles where the objective was to determine the relationship between two variables: emotional intelligence and parenting practices. As for the results, it was identified that EI has a significant relationship with parenting practices. Moreover, EI is essential in childhood and adolescence for skills development; on the other hand, low EI levels trigger behavioral problems or emotional disturbances. Finally, it was determined that the EI use as a strategy in parental parenting practices is conducive to children achieving comprehensive welfare; on the contrary, low levels of EI at early ages make them more likely to suffer from psychopathologies. Therefore, it is crucial that parental upbringing is based on EI guidelines.

Keywords: Limited emotional intelligence, parenting practices, childhood, adolescence, behavioral problems, and emotional disorders.

Introducción

Problemática:

La Inteligencia Emocional (IE) influye en gran medida en el desarrollo personal y social, entre los factores que inciden principalmente para que esto de lugar, es el ambiente familiar. En efecto, la cuna de formación de los niños es la familia y va a depender en su gran mayoría de los hábitos de crianza de los cuidadores para que los hijos se desarrollen sobre cimientos equilibrados. Por ello, la promoción de la IE y las prácticas parentales efectivas deben procurarse a lo largo del proceso de crianza, esencialmente en la adolescencia debido a que tienen efectos positivos en la forma de enfrentar a los eventos estresores (Juarez & Fragoso 2019). Lo que permite reducir el estrés, forjar interacciones constructivas con otras personas y crear líderes socialmente competentes (Guil et al., 2018).

De acuerdo con Romero González et al., (2021) una alta Inteligencia Emocional (IE) de los cuidadores se asocia con características en sus niños como una mayor adaptación al ambiente, un estado de bienestar mental o menor gravedad de la psicopatología. Sin embargo, el déficit de gestión emocional de los cuidadores en la crianza de los hijos, se asocia a las psicopatologías más frecuentes en la infancia como: la ansiedad, la depresión y problemas de comportamiento, las mismas que presentan variables de riesgo tales como: conductas agresivas y la falta de control de impulsos, originadas por el rechazo, la insuficiencia de afecto y apoyo, el empleo del castigo, la sobreprotección, una disciplina incongruente, la ausencia de comunicación y de supervisión (Larraz et al., 2020).

En cuanto a las patologías que pueden aparecer, según las estadísticas mundiales, las alteraciones ansiógenas son condiciones frecuentes en la infancia y adolescencia, con una prevalencia que va entre el 4% y 32% (Tayeh, et al., 2016). Afectan desfavorablemente el rendimiento académico, las relaciones sociales, la autoestima, el ambiente familiar y las futuras metas profesionales. En lo esencial, la ansiedad tiende a coexistir con otras alteraciones conductuales o emocionales, y propende a ser indicadores predictores de psicopatologías tanto ansiosas como otras en la edad adulta.

Por tanto, como afirma Capano Bosch et al. (2016) la familia concibe en su seno los conocimientos más básicos y es responsable de socializar a los nuevos integrantes, lo que permite el alcance de habilidades emocionales, cognitivas y sociales, necesarias para el desempeño funcional en la sociedad. Entonces, según las afirmaciones de Andrade y Betancourt (2010) la ausencia o escasa presencia de IE como se citó en Juarez & Fragoso (2019) se asocia con una mayor probabilidad a padecer consecuencias patológicas como la

depresión en la niñez-adolescencia, por ello, se plantea la siguiente pregunta problema, ¿por qué los niños-adolescentes que son criados bajo estrategias pobres de inteligencia emocional son más propensos a desarrollar problemas emocionales y conductuales?.

Justificación:

Las prácticas de crianza se consideran como funciones de control parental o de los cuidadores, establecidas según las condiciones del entorno donde el infante se desenvuelve (Godoy & Sánchez, 2021). Por tanto, las repercusiones que pueden tener los niños o adolescentes durante su etapa de vida y subsecuentemente en la adultez pueden ser favorables para algunos y para otros no.

En ese sentido, para la integración y desarrollo social de los hijos, los cuidadores utilizan prácticas de crianza que se caracterizan en base a 3 variables: niveles de comunicación (rechazo, aceptación, calidez, proximidad-distancia); el matiz de la relación (hostilidad -afecto); las estrategias empleadas para encauzar el comportamiento (permisividad, control, autonomía, rigidez, restricciones, flexibilidad) (Salavera et al., 2022). Por consiguiente, de la combinación de estos criterios surgen cuatro distintos estilos; autoritario, permisivo, democrático y negligente, que evolucionan acorde con la dinámica familiar.

Aparte de la dinámica familiar, otro factor del ambiente inmediato de los niños y adolescentes con gran influencia en su desarrollo y formación es la escuela, siendo así que, la educación acoge en sus instalaciones, el sentido de la enseñanza consciente de la forma de acompañar el crecimiento. No obstante, los párvulos tienen un límite de edad para acceder al sistema, entonces, el tiempo que no asisten a la escuela, la educación inicial la reciben en casa a cargo de los cuidadores o padres, quienes manejan la disciplina desde la experiencia, es decir, en su gran mayoría la forma de crianza es tradicionalista (Goleman, 2010).

En definitiva, las prácticas de crianza representan una función paternal que principalmente repercute en el crecimiento intelectual y sobre todo emocional de los hijos. La incidencia de los cuatro estilos; democrático, autoritario, permisivo y negligente, formados de la combinación de dichas prácticas, son la base del desarrollo personal, social y el éxito a un futuro. Por ello, cuando originalmente las prácticas de crianza parental no acogen inteligencia emocional, las alteraciones ansiógenas, depresivas y conductuales, se evidencian en los niños y adolescentes (Aguilar et al., 2019). Ciertamente, la Inteligencia Emocional es relevante en la crianza.

Históricamente, la Inteligencia Emocional (IE) es una expresión acuñada por primera vez en los años 90, por los psicólogos Mayer y Salovey en un artículo científico, donde se considera a la IE como un nuevo criterio de excelencia vital tan importante que el Coeficiente intelectual (CE) (Goleman, 2010). A partir del acogimiento global de la nueva variable, con relación al CE, las investigaciones y avances científicos volcaron su atención a favor de la inteligencia emocional.

Lo anterior no se refiere a que, el protagonismo del coeficiente intelectual se reduzca, al contrario, ambas habilidades puedan correlacionarse y trabajar en conjunto a fin de formar individuos desde la niñez con altas competencias. Por esta razón, en el sistema educativo de una larga cadena de naciones de primer mundo y próximamente en los países en vía de desarrollo, se ha implementado estrategias de la IE dentro de las planificaciones educativas, a través de programas certificados que ayudan a reestablecer la enseñanza antigua (Goleman, 2010).

A pesar de ello, en un principio, la medición de la IE fue acogida con escepticismo debido al desconocimiento de esta, como variable independiente de: el cociente intelectual (CI) y los rasgos de personalidad, donde los primeros conceptos la incluían como un componente de estos. En la actualidad, ya son aproximadamente 30 años que el concepto de inteligencia emocional se contempla como un modelo de inteligencia social, que parte de la facultad de una persona para percibir, regular y procesar las emociones propias y de los demás (Billstein et al., 2021).

Tras la existencia de diversos modelos teóricos la conceptualización de la IE es controversial, de acuerdo con Arrivillaga & Extremera (2020) la definen como la capacidad para asociar congruentemente las emociones con los estímulos percibidos y asimilar adecuadamente las reacciones resultantes, con el fin de reestablecer el pensamiento. Por ende, se afirma que es un constructo relacionado íntimamente al bienestar de los individuos y esto a su vez trae consigo beneficios inmediatos en el contexto relacional.

Siendo así que, es importante la comprensión y la integración de la IE desde la infancia debido a que potencia distintas cualidades como: el autoconocimiento, gestión emocional y la empatía, que son principios del éxito o liderazgo en todos los ámbitos de la vida. De modo que, un alto nivel de inteligencia emocional posibilita construir relaciones equilibradas y sanas dentro del núcleo familiar, en la escuela y en el trabajo (Goleman, 2010). Además, es una favorable herramienta para la autocrítica positiva y desestigmatizar a

las propias habilidades, competencias y campos de oportunidad, claves del progreso individual (Goleman, 2010).

Reanudando la conceptualización de la IE los autores John Mayer y Peter Salovey aclararon que, es la facultad para manejar las emociones y sentimientos, distinguirlos y emplear estos aprendizajes para canalizar las propias acciones y pensamientos (Guil et al., 2018). Así pues, la capacidad de la IE permite el autocontrol emocional, el mismo que repercute en las acciones y pensamientos, a fin de aumentar comportamientos adaptativos. Según Guil et al. (2018) la IE se conceptualiza como un constructo organizado por cuatro clases de capacidades relacionadas y categóricamente ordenadas según el cumplimiento de la función psicológica. A continuación, se introducen las cuatro competencias.

En primera competencia se destaca: la percepción, expresión y valoración de la emoción, aparecen en la edad temprana donde se interpreta y percibe con precisión los signos emocionales de sí mismo y de los demás. Esto es, que implica un proceso de interpretación emocional a las representaciones con respecto al tono voz, expresiones faciales o corpóreas. En cuanto a la segunda competencia, se basa en la emoción como orientadora del pensamiento que se encarga de redirigir y priorizar la atención para solucionar problemas o gestionar la información.

Con relación a la tercera competencia se incluye a la comprensión y el análisis de emociones, los cuales se encargan de incentivar el desarrollo intelectual y afectivo, lo que implica la importancia del entendimiento emocional de sí mismo y de otros para la evolución. Por último, la cuarta competencia hace referencia a la regulación emocional que supone conservar los estados emocionales deseados y usar herramientas que permitan una reparación espontánea a situaciones cotidianas.

Adicionalmente, en base a los argumentos de Billstein et al. (2021) la IE se fundamenta en cinco pilares que la sostienen, estos son: autorregulación, autoconciencia, motivación, empatía y habilidades sociales. Por una parte, el primer dominio respectivo a la autoconciencia es el reconocimiento y comprensión de las fortalezas, debilidades, emociones, acciones, que afectan las necesidades e impulsos de sí mismo y otros. El segundo dominio, la autorregulación, es la facultad de percibir emociones sin la obligación de actuar todo el tiempo sobre ellas.

A continuación, el tercer dominio según Guil et al. (2018) corresponde a la motivación es el impulso interno para alcanzar más allá de las aspiraciones sin esperar algo

material a cambio. El cuarto dominio, la empatía, se considera como la habilidad de situarse en la posición de los demás, es decir, poseer conocimiento de la situación actual de las personas y poder tratarlas según la reacción emocional. Finalmente, el quinto dominio, las habilidades sociales, es la capacidad de generar redes sociales, la gestión relacional y la búsqueda de un campo común para formar una relación estable.

Concernientemente al género, no hay duda de que el femenino se caracteriza por una reacción emocional más empática y afectiva, no obstante, ambos géneros tienen semejante competencia cognitiva para entender o tomar la posición del otro. Entonces, las diferencias mencionadas parten de la responsabilidad de las divergencias en las prácticas de crianza de mujeres y varones, de acuerdo con los prototipos sociales que imputan a la mujer mayor susceptibilidad emocional respecto de los hombres (Paez & Rovella, 2019).

Otro punto es el desarrollo emocional infanto-juvenil, es difícil agruparlo bajo el mismo enfoque de la edad adulta debido a la inexistencia de una estructura estándar y suficientes formas para medir la IE de esta población (Arrivillaga & Extremera, 2020). Sin embargo, la adaptación de los instrumentos para adultos hacia la población infantil ha permitido identificar los niveles atípicos de inteligencia emocional de niños y adolescentes.

En habidas cuentas, la infancia y la adolescencia son fases críticas en el desarrollo de las personas, debido a que durante estas etapas se adquieren las bases del bienestar sobre el futuro y la salud mental. Cabe resaltar que, las psicopatologías que tienen inicio en épocas tempranas trasladan los efectos hasta la adultez (Fariña et al., 2017). De manera que, las principales variables que incrementan el riesgo que un niño conciba alteraciones conductuales o emocionales en el desarrollo, son los propios factores del núcleo familiar, en particular los conflictos de los cuidadores, que se interponen en las prácticas de crianza de los hijos.

Por lo cual, las prácticas de crianza priman durante el desarrollo de los niños, donde el éxito se ajusta a las maneras aprendidas de gestión emocional del grupo familiar, que determinan la formación de su inteligencia emocional (Salavera et al., 2022). Resulta relevante conocer la relación entre las prácticas de crianza y la inteligencia emocional dado que facilita la comprensión del supuesto que ostenta lo siguiente: los infantes tras adoptar un modelo adecuado de autorregulación pueden lograr una vida satisfactoria, sin embargo, cuando existe un déficit de IE en las etapas de crecimiento como efecto de la crianza parental,

facilita en los hijos la aparición de patologías emocionales y comportamentales (Juarez & Fragoso, 2019).

Es así como, los niños que crecen en un entorno con prácticas de crianza democráticas tienden a conseguir autocontrol y características positivas, sin embargo, no es así en los demás estilos; en el autoritario adquieren comportamientos impulsivos-agresivos y hay una pérdida en la autonomía. De la misma forma, en el permisivo los niños tienden a desarrollar problemas de autocontrol y falta de estabilidad emocional. Por último, las prácticas de crianza negligentes limitan las habilidades emocionales y comportamentales, lo cual aumenta la probabilidad a que se desencadenen psicopatologías (Salavera et al., 2022).

Por ello, la presente investigación es importante para que los futuros lectores puedan entender la relación estrecha entre las prácticas de crianza con la IE y a partir de esta iniciativa se promulgue en la población que son padres, los beneficios de la IE en la crianza, en virtud de humanizar a la sociedad del mañana y de esta manera evitar el impacto negativo del aumento en la prevalencia de psicopatologías. Asimismo, sirva como referente bibliográfico a los profesionales en específico quienes son parte del departamento de la salud mental, a fin de aplicar este conocimiento en el proceso psicoterapéutico dirigido a las personas para que adquieran y transmitan a los niños estrategias emocionales que les permitan afrontar adecuadamente los eventos estresores.

Por consiguiente, como finalidad de la investigación bibliográfica se describirá la relación de la inteligencia emocional con las prácticas de crianza parental, para ello se dará respuesta a los tres objetivos específicos: en primer lugar, identificar la importancia de la inteligencia emocional en la infancia, en segundo lugar, conceptualizar las prácticas de crianza parental más relevantes y, en tercer lugar, detallar las consecuencias que presentan los niños cuando son educados con una limitada inteligencia emocional.

Objetivos

Objetivo General:

- Describir la relación de la inteligencia emocional con las prácticas de crianza parental.

Objetivo Específicos:

- Identificar la importancia de la inteligencia emocional en la infancia.
- Conceptualizar las prácticas de crianza parentales más relevantes.

- Describir las consecuencias que presentan los niños- adolescentes cuando son educados con una limitada inteligencia emocional.

Método:

La metodología propuesta para el desarrollo de la investigación se basa en una revisión bibliográfica de artículos científicos de alto impacto, donde se pretende conocer la relación de dos variables: la inteligencia emocional con las prácticas de crianza parental. En la búsqueda bibliográfica se incluyen estudios a nivel nacional e internacional, siempre y cuando la información sea consistente, tenga amplio contenido y un intervalo de tiempo de hasta 10 años de antigüedad desde el año 2012 al 2022 y libros desde el año 2010, publicados en reconocidas bases científicas como; PUBMED, SCOPUS y WEB OF SCIENCE. La revisión está limitada a estudios en niños y adolescentes con problemas emocionales y comportamentales debido al déficit de Inteligencia Emocional en la crianza.

En contraste, en la revisión se restringe los estudios en niños y adolescentes con problemas emocionales y comportamentales derivados de otros factores que no estén relacionen al déficit de Inteligencia Emocional. Asimismo, se excluyen las investigaciones que no estén enmarcadas en los idiomas de inglés o español. En fin, el artículo científico se enfoca en analizar la carencia de inteligencia emocional en las prácticas de crianza parental. Además, en el desarrollo de este se pretende focalizar la atención en datos relacionados al déficit de Inteligencia Emocional y sus consecuencias en los hijos durante la infancia y adolescencia.

Desarrollo:

El presente trabajo se sustenta en el desarrollo de una revisión bibliográfica tomando en primer lugar, el análisis de las investigaciones de diferentes autores, consecutivamente y como complemento, desde la perspectiva de la tesista se realiza una interpretación en forma de argumento, de manera que dicho contenido configure al tema y los subtemas de estudio planteados según las dos variables: la inteligencia emocional y las prácticas de crianza parental.

Importancia de la Inteligencia Emocional en la Infancia

Inicialmente, las emociones son el ente de socialización desde el nacimiento, puesto que conectan al infante con el ámbito social y lo humanizan, además juegan un rol importante para el desarrollo personal. Por ende, como afirma Guil et al. (2018) la expresión

emocional se establece como la función imperante y principio del comportamiento del niño. Siendo así que, la estabilidad emocional constituye un factor primordial para establecer relaciones empáticas. Evidentemente, los niños con apropiado manejo de impulsos emocionales, el mismo que es un comportamiento que ha sido adquirido de los progenitores, demuestran mayor cohesión social, empatía y menos agresión.

En lo esencial, citando a Paez & Rovella (2019) la empatía ejerce inhibición de los comportamientos agresivos y fomenta la conducta prosocial. La relación entre la conducta prosocial de los padres y los factores emocionales- cognitivos, estimulan la adaptación a diferentes ambientes interpersonales y el desarrollo de habilidades sociales de los hijos. De hecho, la necesidad de favorecer desinteresadamente a los demás es una habilidad de reconocimiento a una realidad ajena, principio asociado a la flexibilidad de acomodarse a las condiciones y adquirir aptitudes resilientes.

Siendo así que, los comportamientos prosociales, plantea Gómez & Narvaez (2022) son condiciones favorables para los infantes debido a que remodelan la conducta y los inculca al sentido de responsabilidad, como se pudo inferir anteriormente, la respuesta empática conlleva que los niños intrínsecamente se motiven a sostener vínculos positivos con los demás. Es importante recalcar que, durante la crianza los padres deben involucrar las conductas prosociales para la sana configuración de la personalidad (Sporzon & López, 2021).

Adicionalmente, con relación a el rendimiento escolar según Domínguez et al. (2022) los niños y adolescentes con mejor récord académico han sido criados bajo patrones de IE, lo que indica que esta tiende a ser mayor en ellos. Es decir, los alumnos que la gran mayoría de veces aprueban, se catalogan con una mejor comprensión y regulación emocional, por el contrario, es importante indicar que, cuando la comprensión emocional es inferior los alumnos tienden a suspender (García & Marín, 2021).

Sin duda alguna, la gestión emocional desde las etapas tempranas favorece el desarrollo de las habilidades, siempre y cuando la crianza paternal se dé bajo lineamientos fomentados en la autonomía de los hijos, flexibilidad, comportamientos prosociales, que a su vez en la infancia y parte de la adolescencia permitan una mejor adaptación, cohesión social, la reducción de la agresividad y garanticen el éxito escolar.

Por lo que se refiere a, las cinco competencias de la Inteligencia Emocional según Goleman (2010) subyacen de la apreciación de la inteligencia de Gardner, estas habilidades son dominadas a diferentes grados de aprendizaje a lo largo de las etapas de vida de las

personas con mayor control esperado en la paternidad, entre ellas se destacan: el reconocimiento de las emociones propias, la autorregulación emocional, la capacidad de motivarse a sí mismo, la empatía y las habilidades sociales. Cabe resaltar que, la falta de habilidades emocionales si pueden restablecerse y llegar a mejorarse a través de: la práctica, la insistencia y el esfuerzo.

Siendo así que, las competencias socioemocionales aprendidas de los progenitores, como afirma Orozco (2021) son recursos que inciden en el ciclo infanto-juvenil con respecto a la capacidad de identificar un conflicto y optar por las soluciones más lógicas a fin de encontrar un resultado esperado, además de, examinar y valorar la ejecución de tal solución. De modo que, están encaminadas a la regulación emocional e interés de las necesidades de los pares.

En suma, las habilidades emocionales transmitidas de los padres hacia los hijos son asimiladas durante la infancia, lo que permite el desarrollo de nuevas capacidades en beneficio personal, como la autorregulación emocional y la facultad de resolución de conflictos, es decir, los niños educados bajo este marco utilizan su capacidad emocional adquirida de forma proactiva.

Retomando las cinco dimensiones postuladas por Goleman (2010) la primera abarca el reconocimiento de las emociones propias, que es la habilidad de percibir el sentimiento en el mismo instante que surge, este ejercicio es importante para la comprensión del ser y la identificación de la probable reacción, de ahí que, los progenitores o cuidadores que conocen sus emociones por lo general manejan mejor su vida y directamente insertan en la infancia temprana de los hijos mecanismos de autoconocimiento y aceptación.

Dentro de este marco, el programa de educación emocional propuesto por Postigo et al. (2019) deduce que el reconocimiento de las emociones abre una brecha en los niños y adolescentes a su propio mundo afectivo expandiendo su conciencia emotiva-afectiva, lo que permite la asimilación y comprensión del ser y la predicción de respuesta ante estímulos emocionales.

Refiere lo antes mencionado, con relación al término brecha emocional, como la apertura para aprender nuevos sentimientos y de esta manera ampliar el vocabulario afectivo, lo que indica una mayor conciencia emocional en términos de dominancia para reconocer emociones, que son habilidades de los padres, adquiridas por los hijos durante la crianza. A

causa de estas competencias los infantes desarrollan mecanismos de autoaceptación y autoconocimiento.

Otro punto es, la segunda competencia emocional que plantea Goleman (2010) asociada a la gestión emocional, que se considera como la capacidad de tomar conciencia de uno mismo, lo que permite el manejo de las emociones y el ajuste a la situación, es aquello que dota a los padres con destrezas estabilizadoras para impedir el padecimiento de alteraciones emocionales y conductuales durante la infancia de sus hijos, lo cual a los niños les da la apertura para aprender estrategias de autogestión emocional.

En esa misma línea, de acuerdo con Postigo et al. (2019) los resultados del programa aplicado en infantes con respeto a la regulación de las emociones, de primera mano implica tener conocimiento de la gestión emocional propia y la de los demás, ya sea agradable o desagradable. En relación con las emociones desagradables, tras la aplicación de la relajación se evidencia una mejor adaptación de respuestas. Por otro lado, las emociones positivas, tras el empleo de la misma técnica da como resultado el fortalecimiento de las estrategias de aprendizaje, esto con la finalidad de tomar conciencia y apreciar las emociones para fomentar la felicidad (Valiente et al., 2020).

Ciertamente, cuando en la etapa de la paternidad se fomenta la gestión de las emociones, consecuentemente la transmisión de estas conductas hacia los hijos está encaminada a que los niños adquieran estrategias de autogestión emocional como la resiliencia y una actitud flexible, las mismas que les ayudarán a desarrollar respuestas adaptativas frente a situaciones del medio volátil e impedir la manifestación de alteraciones emocionales y conductuales durante la infancia.

Con referencia a la tercera competencia que sostiene Goleman (2010) relacionada a la capacidad de motivarse a sí mismo, esta se considera como el arte del control emocional, donde es evidente que los cuidadores tras la práctica de la motivación tienden a ser más eficaces y productivos en el rol paternal, debido a que es el ejercicio de apagar las reacciones impulsivas a las cuales está sometida la humanidad. Por ende, tanto la motivación, la atención y creatividad durante la infancia abren paso para conseguir un nivel más alto de satisfacción personal.

Por otro lado, el desarrollo personal positivo de los progenitores como resultado de la automotivación señalado por Postigo et al. (2019) en el programa de educación emocional, mejora la capacidad de afrontamiento a las circunstancias vitales o académicas de la etapa

infantil, en especial las difíciles o negativas, además de promover mayor confianza en sí mismo y en los pares, que corresponden a posturas optimistas, valoración del sacrificio y superación personal.

Si bien es cierto, los padres que emplean la automotivación para estimular una acción gozan de un rol parental bajo lineamientos de eficacia y productividad, los mismos que cumplen con la función de proveer en la infancia de sus hijos, habilidades de afrontamiento en favor de mejorar la confianza en sí mismo y sus pares, así como alcanzar la autorrealización, lo que permitirá la extinción de conductas impulsivas.

En cuanto a la cuarta competencia que propuso Goleman (2010) referida a la empatía, esta implica tener conciencia emotiva de sí mismo y la acción de percibir los sentimientos de otras personas, en pocas palabras significa estar en sintonía. Entonces, cuando los progenitores son empáticos su humanidad incrementa y tienden a desarrollar en los hijos patrones de comunicación adecuados y aumento de la sintonía emocional.

De igual modo, la empatía es otro aspecto de la conciencia emocional como se plantea en el programa de Postigo et al. (2019) para el autor esta dimensión es la capacidad de reconocer y valorar las emociones de otros y como resultado de su aplicación en la crianza los infantes propenden mayor afectividad. Además, la comprensión emocional implica expandir su significado y entender la conexión entre las emociones y la situación estimulante sobre sí mismos y los demás.

Evidentemente la empatía, funciona como un puente de conexión emocional entre los progenitores y el medio inmediato, tiene como objetivo la comprensión del significado de las emociones y el sentir del otro. Por ello, la formación de los niños bajo esta competencia posibilita el desarrollo de la afinidad, mayor sensibilidad por los demás y patrones de comunicación apropiados.

Referente a la última competencia que plantea Goleman, (2010) asociada a las habilidades sociales, el autor afirma que el manejo de las relaciones es la base de los vínculos con los pares, lo cual facilita el desarrollo de habilidades de liderazgo y la eficacia interpersonal que forma a los cuidadores con éxito en actividades ligadas a las relaciones interpersonales, por ende, los hijos que son educados a lo largo de la infancia con este modelo construyen y mantienen relaciones cercanas con sus pares .

De hecho, el programa emocional planteado por (Postigo et al., 2019) afirma que, la interacción entre individuos que conviven es elemental para su desarrollo emocional, y a su vez, la cooperación dentro del contexto familiar se da por la valoración específica interpersonal. Los niños y adolescentes sujetos de evaluación especificaron aprendizajes en el sentido de valorar a las personas por lo que son, fundamentada en: el compañerismo, la igualdad, la participación, el trabajo en equipo, el amor y la amistad.

Si bien es cierto, el ser humano es un ser social, entonces necesita relacionarse con lo demás, por tanto, en la etapa parental la gestión de las relaciones sociales con los grupos de interacción es un principio para el desarrollo de competencias interpersonales y de liderazgo en la infancia de los hijos, estas habilidades se basan en el compañerismo, la equidad, el respeto, lealtad, solidaridad, etc.

Dentro de este marco de ideas, es evidente que las emociones sean la base de la vida humana y el manejo de estas desde la temprana infancia en el hogar, es esencial para un desarrollo equilibrado. Pues, de acuerdo con Aya & García (2020) la relación parento-filial entienden a las emociones como hiladores de experiencias y a la inteligencia emocional como constructos socioculturales y mecanismos de control. En este sentido, un exitoso desarrollo personal, bienestar social, académico o psicológico en niños y adolescentes, proviene de ambientes de crianza seguros y afectivos.

Del mismo modo, como señala Guil et al. (2018) la relevancia de las emociones para el desarrollo de la inteligencia emocional durante la parentalidad es un asunto de interés indisputable en el estudio científico por su relación con el aumento de comportamientos adaptativos y disminución de patológicos. En efecto, la IE es de vital importancia para el desarrollo de conductas adecuadas, por lo consiguiente, el apareamiento de alteraciones en el neurodesarrollo tiende a disminuir.

Asimismo, desde el punto de vista de Billstein et al. (2021) el beneficio del desarrollo de la inteligencia emocional en los padres promueve un bienestar superior e incremento de conductas resilientes que sugieren resultados positivos en la infancia de los hijos. De hecho, la educación emocional parental a lo largo de la infancia en el desarrollo del niño es un factor clave para el bienestar general, relaciones sociales duraderas y estables, autocontrol emocional e incremento de autoestima entre otras.

De igual forma, como señala Guil et al. (2018) es necesario reiterar el largo alcance que tienen los progenitores tras manejar adecuadamente sus emociones y de hacerse cargo del

desarrollo de las capacidades emocionales desde el mismo instante del nacimiento de los hijos, en virtud de la enorme repercusión durante la etapa de la infancia, de modo que, según Portillo & Reynoso (2021) este ejercicio a los niños les permitirá percibir mayor confianza en sí mismo, autoaceptación, manejar sus propias vidas, bienestar psicoemocional, alto rendimiento escolar y comportamientos saludables.

En definitiva, los niños que se crían bajo modelos parentales seguros y afectivos, los mismos que se apoyan en un buen trabajo de manejo emocional, son quienes alcanzan un desarrollo equilibrado, un bienestar psicológico, social y emocional, la estabilidad relacional, alta autoestima, mayor autoconfianza y alto rendimiento académico. Por lo tanto, esto va a impedir la aparición de alteraciones en el neurodesarrollo.

En suma, el contexto familiar es el ambiente principal de formación de los niños, a todo esto, es conveniente poner énfasis en que, si los padres a lo largo de la crianza de los hijos manejan adecuadamente sus emociones crean entornos seguros y afectivos, que aseguran al niño y adolescente la integración de conductas adecuadas. Por ello, el conjunto de las dimensiones emocionales constituye la IE, lo que revela, que es un componente de vital importancia en la infancia, debido a que, cuando los padres utilizan estrategias de IE en la crianza, como resultado se refleja el incremento de comportamientos adaptativos y disminución de patológicos en los niños y adolescentes.

Prácticas de Crianza Parental

La estructura familiar como afirma Domínguez et al. (2022) contempla que la familia no es un factor elemental en identificación y reconocimiento emocional, pero sí en regulación emocional, esto se relaciona al éxito que alcanzan los adolescentes que son criados por familias biparentales. Por ende, se establece que, un porcentaje de los jóvenes que proceden de familias nucleares tienen valoraciones altas en inteligencia emocional de aquellos que viven en familias monoparentales.

A decir verdad, desde tiempos remotos, de acuerdo con Paez & Rovella (2019) la familia simboliza el eje fundamental en el desarrollo personal, cognoscitivo, emocional y socioafectivo de los hijos, además, se encarga de proveer todas las pistas iniciales para su formación, a saber, si el niño es estimado o no, rechazado o aceptado hasta que se incorpore en la etapa escolar. Entonces, la unión de ciertos patrones de prácticas de crianza parental da como resultado una gama de estilos, entre estas pautas de crianza se comprenden: el control, la aceptación y el respeto a la individualidad.

Por tanto, un porcentaje de los niños y adolescentes que desarrollan inteligencia emocional y todos sus componentes a nivel óptimo provienen de un hogar nuclear, considerando el apoyo de la pareja como un equipo en la forma de educar a los hijos, debido a que en el funcionamiento de la unidad familiar biparental se ejercen prácticas prototípicas combinadas que dan como resultado una modalidad de crianza, mucha de las veces con regulación emocional comprendida del control, la aceptación y el respeto a la individualidad. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que el rol de los padres en su mayoría no se enfoca en la constitución de la familia.

En relación con el apego paternal según Paez & Rovella (2019) funciona como sustento que garantiza al hijo una percepción de confianza elemental para examinar el universo. Pero, cuando el infante experimenta inseguridad y no se fía del cuidador es posible que reaccione con miedo, ansiedad y con poca receptividad. En este marco según la relación de apego, la modalidad de crianza es contemplada como un fenómeno de gran incidencia con respecto al desarrollo de conductas adaptativas o desadaptativas en la pubertad.

De ahí que, los niños al contar con un entorno favorable y el apoyo de la figura de apego, desde el punto de vista de Gómez & Narvaez (2022) es probable que aprendan y se fomenten los comportamientos prosociales, esto se apoya en las ideas de Bandura quien recalca la importancia de los fenómenos de socialización en el dominio de nuevas conductas, de modo que, los infantes que han sido educados con el modelado de comportamientos como estilo de crianza, tendrán más posibilidad de reproducir esa conducta.

Por ende, cuando los niños se desenvuelvan en lugares favorables y son educados bajo el modelado de comportamientos específicos como parte del estilo de crianza por la figura de apego, es posible que adquieran nuevas conductas o remodelen las antiguas a fin de adquirir conductas prosociales y al mismo tiempo es seguro que repitan los comportamientos positivos adquiridos. De esta manera, la figura de apego, al crear un ambiente seguro para los hijos garantiza el desarrollo de comportamientos adaptativos.

Con respecto a, las modalidades de socialización impulsadas por los progenitores, como señala Salavera et al. (2022) se determinan según los siguientes principios: grados de comunicación (aprobación-desestimar, calidez/apatía, contigüidad-distancia), la tonalidad de la relación (cariño-antagonismo), las estrategias usadas para canalizar la conducta (autonomía-manejo, maleabilidad-inflexibilidad, permisividad-delimitaciones). En tanto, la

unión de estas habilidades constituye distintos estilos de crianza, que de todas maneras son propensiones comportamentales debido a que las relaciones padres-hijos tienden a ser bidireccionales.

Asimismo, para Ruiz et al. (2019) los estudios detallan las modalidades de crianza desde dos dimensiones: dimensional y tipológica. Por un lado, el criterio dimensional facilita la categorización de ciertas conductas parentales como: el cariño, castigo o control, en tanto que, el criterio tipológico incorpora el conjunto de esas dimensiones parentales. Es preciso señalar que, la dimensión tipológica es la más empleada debido a que permite un encuadre multidimensional más adecuado para el análisis de la crianza.

De modo similar, Maccoby & Martin (1983) plantean que los estilos de crianza parental como se citó en Capano et al. (2016) parten de dos facetas afecto/comunicación y control/ determinación de límites. Por un lado, el apoyo/afecto apunta al cariño, el asentimiento, a la aceptación y el apoyo que se les proporciona a los hijos. Por otro lado, el control parental hace mención a la formación que pretenden alcanzar los padres, de esta forma los progenitores dirigen y/o supervisan la conducta de sus hijos.

Por consiguiente, las prácticas de crianza descenden de competencias que los progenitores poseen para: vigilar, resguardar, disciplinar a sus hijos y asegurarles un desarrollo saludable, que permiten la categorización tanto del comportamiento como el estilo de socialización parental y en función de esto, tras su combinación desarrollan modalidades de crianza que pueden partir de variables como; los grados de comunicación, el tono relacional, las estrategias para la canalización conductual, la dimensión, la tipología, el apoyo/ afecto y el control.

A continuación, se presenta algunas prácticas de crianza parental, en primer lugar, está el control, según Paez & Rovella (2019) equivale a autoridad, acatamiento de las peticiones y el monitoreo de los comportamientos de los hijos. Asimismo, como afirma Holtrop et al. (2015) el monitoreo conlleva cuidar y estar consciente del movimiento de los niños, además, es un factor protector y preventivo de actividades antisociales. Pero, cuando el control es desproporcionado se justifica con estrategias psicológicas enmascaradas (culpa o temor para disciplinar) o deja de ser autoridad para cambiar a dominancia, se refiere a un control patológico (Paez & Rovella, 2019).

En segundo lugar, está la disciplina, cuando es positiva como señala Holtrop et al.

(2015) se asocia a plantear límites adecuados y emplear constantemente leves sanciones y no severas por la infracción de normas. Por el contrario, cuando las prácticas disciplinarias son coercitivas hay reportes de control hostil que se relacionan a conductas disruptivas en los hijos y trastornos comportamentales. Asimismo, según Capano et al. (2016) se vincula con problemas externalizantes que desarrollan los niños y adolescentes.

En tercer lugar, se encuentra la manera de fomentar habilidades, como postula Holtrop et al. (2015) conlleva enseñar a los hijos conductas prosociales usando el refuerzo positivo condicionado, que funciona como estímulo educativo en el pronóstico del éxito académico. Por su parte, la promoción de la autonomía e individualidad de los niños según Paez & Rovella (2019) es una destreza que beneficia su estabilidad psicológica, pero la exagerada autonomía se relaciona con la disociación e insensibilidad afectiva. A su vez, para Salavera et al. (2022) el desarrollo de habilidades sociales en niños se asocia a un bienestar social.

En cuarto lugar, está la resolución de conflictos, desde la perspectiva de Holtrop et al. (2015) se da cuando los progenitores e hijos determinan objetivos y trabajan en conjunto para establecer una solución y tomar decisiones familiares, por ende, son indicadores de una buena relación paterno filial, éxito escolar y desarrollo psicosocial. Además, teniendo en cuenta a Salavera et al. (2022) las buenas competencias sociales propenden a resolver problemas interpersonales inmediatos y disminuye la probabilidad de próximos enfrentamientos.

En quinto lugar, está la participación positiva, como señala Holtrop et al. (2015) ocurre cuando los cuidadores manifiestan amor, dan tiempo y ponen atención a lo que realizan y dicen los hijos, además existe comunicación familiar y apoyo escolar. De modo que, entre mayor sea la afinidad de padres e hijos las posibilidades de presentar una conducta antisocial o problemas externalizantes en el niño disminuyen. Por su parte, los hijos formados con afecto paterno positivo según Salavera et al., (2022) acogen bienestar, entusiasmo, vigor, compañerismo, apego, aceptación y seguridad. También, para Paez & Rovella (2019) se asocia con conductas empáticas y prosociales.

En definitiva, las prácticas parentales se conciben como las competencias que los cuidadores presentan para ejercer el rol de crianza sobre sus hijos, en general es necesario percibir el estado de la relación paternofilial, por tanto, resultan positivas cuando se manejan proporcionadamente, de todo esto se desprende: el desarrollo de bienestar personal, reducción de problemas, adquisición de habilidades adaptativas y sobre todo equilibrio

psicológico en el niño. Pero, si por el contrario son exageradas o deficientes tienen a desencadenar problemas emocionales o comportamentales que afectan el desarrollo funcional en todas las fases y ámbitos del crecimiento de los hijos.

Por lo que se refiere a los estilos de crianza, estos se forman a partir de la combinación de las prácticas de cuidado, lo que equivale al método de control parental. De esta manera, Baumrind (1991) como se citó en Paez & Rovella (2019) define tres tipos de modalidades parentales: democrático, autoritario y permisivo. En cuanto a, Maccoby y Martin (1983) reformulan la postura de Baumrind (1991), planteando cuatro estilos de crianza parental como se citó en Capano et al. (2016) el permisivo, el autoritario, el negligente y el democrático. Más adelante, se detalla la combinación de las prácticas de crianza y los estilos parentales resultantes.

Por su parte, los padres con estilo democrático, sostiene Capano et al. (2016) utilizan estrategias para la crianza en base al cariño, control y exigencia a la maduración. Asimismo, considera Ruiz et al. 2019 que se caracterizan por un nivel superior de afecto y de control. De allí, que para Paez & Rovella (2019) son afectivos, flexibles, comunican con coherencia y claridad las normas. Además, según Salavera et al. (2022) se preocupan por las necesidades de los hijos y promueven comportamientos deseados. Como resultado los niños adquieren estabilidad emocional, comportamental y buenas habilidades sociales (Capano et al., 2016).

Por otra parte, los cuidadores permisivos postula (Capano et al., 2016) conceden a los hijos la toma decisiones no correspondidas, autonomía exagerada, falta de control, relación distante. Dentro de este marco, considera característico Paez & Rovella (2019) la incongruencia en la disciplina y toleran la expresión de impulsos. Además, según Salavera et al. (2022) son despreocupados, pasivos y no marcan autoridad. En efecto, como afirma (Ruiz et al. (2019) poseen un grado alto de afecto e inferior en control. Por ende, como efecto, los hijos no desarrollan habilidades sociales, presentan inestabilidad emocional y bajo rendimiento escolar (Salavera et al., 2022).

En cuanto a, los padres autoritarios para Capano Bosch et al. (2016) tienen prácticas rígidas, disciplina inconsistente y control exagerado. También, como señala Paez & Rovella, (2019) intensifican la rigidez en las reglas, son irritables e indiferentes ante las necesidades de los niños y usan correctivos punitivos. Además, enfatiza Salavera et al. (2022) anteponen

los correctivos ante los elogios, inculpan a los hijos, tienen comunicación hermética y unilateral. Es decir, según Ruiz et al. (2019) poseen niveles bajos de afectividad y control excesivo. De manera que, los niños presentan escasas habilidades sociales, problemas externalizantes y de adaptación (Capano et al., 2016).

Con respecto a los cuidadores negligentes, de acuerdo con Salavera et al. (2022) se caracterizan por la indiferencia a las necesidades de los hijos, irresponsabilidad, pérdida de interés, falta de compromiso e inmadurez. Es así que, como afirma Paez & Rovella (2019) emplean disciplina incongruente y no poseen reglas. Asimismo, añade Ruiz et al. (2019) tienen niveles bajos de afecto y de control, por tanto, los hijos desarrollan: pocas habilidades sociales, problemas externalizantes, falta de compromiso e inmadurez. En resumidas cuentas, las cuatro prácticas a la par de otros elementos determinan la conducta de los hijos (Salavera et al., 2022).

De modo que, los cuidadores durante la etapa de crianza acogen estilos que provienen de habilidades adquiridas o innatas, cada una de las modalidades poseen características propias. En definitiva, el estilo que sobresale por el valor positivo para el desarrollo personal y correcto funcionamiento de los niños es el democrático, ya que se estructura de prácticas de crianza proporcionadas a las necesidades de los infantes. En cambio, la modalidad que forma a niños con marcada inestabilidad es el autoritario y negligente. No hay duda de que, los estilos parentales simultáneamente con otros componentes ambientales establecen el comportamiento de los hijos.

En última instancia, se afirma que la familia es el eje principal para el desarrollo personal, cognoscitivo, emocional y socioafectivo de los hijos, siempre y cuando la crianza sea positiva, para ello, las pautas de crianza deben enfocarse en el manejo adecuado de: los grados de comunicación, el tono relacional, el apoyo/ afecto, el control, la disciplina, el fomento de habilidades, la resolución de problemas y la participación. Es así como, la combinación de estas prácticas de cuidado constituye a los estilos parentales como el democrático, que se destaca por promover el bienestar integral de los niños y adolescentes.

Consecuencias en Niños y Adolescentes Criados con Inteligencia Emocional Limitada

En cuanto a la relación entre la IE con las prácticas de crianza según estudios de Juárez & Frago (2019) realizados a 196 adolescentes de la ciudad de Puebla se encontraron correlaciones positivas de intensidad débil a media entre las prácticas comunicacionales; autonomía; control del comportamiento y las capacidades de la IE atención, claridad y

reparación afectiva. Del mismo modo, se reveló una asociación negativa de intensidad débil entre el control y las competencias de claridad, atención y reparación afectiva. Esto se respalda en los resultados del estudio a 80 niños de Makoo, de acuerdo con Salimynezhad et al. (2015) se demostró que la relación entre las prácticas de crianza parental y la IE es significativa.

En tal sentido para Andrade y Betancourt (2010) como se citó en Juárez & Fragoso (2019) afirman que las prácticas autonomía, comunicación y control conductual se asocian a una apropiada interacción entre progenitores y niños lo cual tiene consecuencias positivas sobre la IE. Los niveles bajos de esta variable se relacionan con una alta probabilidad de padecer distintas patologías como la depresión. Con referente a las relaciones entre habilidades socioafectivas y la práctica del control, los autores Meier y Oros (2012) como se citó en Juárez & Fragoso, (2019) suponen que las prácticas parentales negativas, como la autonomía exagerada y control patológico, producen un impacto desfavorable sobre las emociones.

Dentro de este marco, se ha verificado la información anterior por medio del estudio a 250 adolescentes nigerianos donde Adekeye et al. (2014) demuestran una relación positiva entre la inteligencia y las prácticas de crianza parental que forman parte del estilo democrático y del estilo autoritario materno. Los padres que escuchan a sus hijos y les permiten contribuir a la toma de decisiones son capaces de adaptarse al estrés y experimentar buenas interacciones sociales. Cabe señalar que los hijos de padres democráticos obtienen mejores resultados que los hijos de padres autoritarios (Kritzas & Grobler, 2005 como se citó en Adekeye et al., 2014).

En síntesis, la Inteligencia Emocional efectivamente tiene relación con las prácticas de crianza parental, ya sean positivas o negativas. Por un lado, si los modelos de crianza son positivos tienen efectos favorecedores en la IE. Por otro lado, cuando los patrones de crianza son negativos como el control exagerado o la autonomía extrema, ejercen un efecto adverso sobre la parte emocional. Cabe señalar que, la escasa o nula presencia de IE aumenta la posibilidad de padecer psicopatologías como la depresión. Por ende, el estilo democrático al contener prácticas de crianza positivas presenta una relación beneficiosa con la IE lo que indica que, es el estilo más adecuado como estrategia de crianza a diferencias de los demás.

Con todo lo expresado anteriormente, de acuerdo con los aportes de los autores y en corroboración a Castro et al. (2022) la Inteligencia Emocional en los últimos tiempos es

considerada como una habilidad estratégica para la crianza, debido a que cumple el rol de factor protector y la promoción del bienestar integral y adaptación escolar. Por consiguiente, los individuos emocionalmente inteligentes como señala (Larraz et al., 2020) a más de poseer mayor facultad para comprender, entender y regular las emociones propias también son competentes en construir interacciones más saludables.

Por el contrario, postula Fariña et al. (2017) cuando el contexto familiar es disfuncional por la presencia de: conflictos paternos, una alteración psiquiátrica de los progenitores, irrupción en la relación entre padres e hijos o la aparición de agentes que se interponen con la crianza de los niños, por ende, la IE se puede ver afectada, lo que aumenta el riesgo de que la población infanto-juvenil desencadene problemas conductuales o emocionales, asimismo, se ve perjudicado su desarrollo afectivo y de relación. Además, como afirma Romero et al. (2021) es probable que aparezca sintomatología internalizante como la ansiedad y la depresión en este grupo etario.

Por consiguiente, la IE es un componente estratégico dentro de la crianza para el bienestar integral de los hijos, debido a que, principalmente actúa en favor de un bienestar y satisfacción personal. Es por ello que, las personas que se desenvuelven en un ambiente familiar funcional y poseen habilidades para percibir, entender y regular sus emociones se caracterizan por una alta IE, sin embargo, los niños y adolescentes que conviven en un contexto familiar inestable con una mala crianza son propensos a desarrollar problemas sociales, comportamentales, emocionales, además de la aparición de sintomatología internalizante como la ansiedad y depresión.

En los Niños.

La niñez desde el punto de vista de Fariña et al. (2017) es la etapa que da apertura a la formación de alteraciones del neurodesarrollo como resultado de varios factores son: el contexto familiar disfuncional, la ausencia del coeficiente emocional en la crianza, carencia de herramientas de autorregulación (Ruiz et al., 2019), los afectos negativos (Salavera et al., 2022), autonomía exagerada (Paez & Rovella, 2019) por lo tanto, todos estos elementos son una brecha de riesgo para el desarrollo de patologías o problemas en general.

Ahora bien, los niños que no tienen la posibilidad de adquirir estrategias de autocontrol emocional por medio de la formación positiva según Ruiz et al. (2019) son propensos a desarrollar dificultades en la adaptación en el medio inmediato, alteraciones

mentales, bajo rendimiento escolar, problemas conductuales o de relación, por lo que, todo esto se asocia a las prácticas de crianza parental con déficit en regulación emocional.

Así pues, cuando los hijos son dominados por emociones negativas, es decir hay fracaso en manejar sus propias emociones, sostiene Salavera et al. (2022) por ese motivo estos propenden a hospedar sentimientos negativos tales como: el aburrimiento, el desinterés, la pena, la carga de conciencia, el resentimiento, los celos y el retraimiento. Además, como consecuencia de la carga emocional negativa los niños y adolescentes tienen la predisposición de responder con actitudes agresivas, impulsos negativos y labilidad emocional frente al estrés y a las críticas.

En cambio, cuando la crianza de los hijos se basa en excesos como la autonomía exagerada según Paez & Rovella (2019) de manera subsiguiente este componente se asocia a problemas en niños de relación con la familia y los demás, asimismo, se caracteriza de comportamientos evitativos, desvinculación emocional, indiferencia afectiva, dificultades en el reconocimiento y valoración de la bondad ajena y principalmente la presencia de problemas en la percepción como beneficiarios de favores.

Así es que, con frecuencia los trastornos emocionales y comportamentales además de algunos otros problemas son resultado del déficit de IE durante la crianza de los niños, a partir de, la carencia o exageración de las prácticas de formación parental así como, cuando es menor la autorregulación emocional aparecen problemas de rendimiento académico, adaptación y alteraciones mentales, asimismo, las emociones negativas tienden a dominar, en cambio, cuando la autonomía es exagerada, los niños propenden a desarrollar conductas evitativas y de indiferencia hacia la familia u otras personas.

En los Adolescentes.

Al parecer, la adolescencia como afirma Fariña et al. (2017) propende a presentar mayores tasas de ansiedad, depresión y problemas comportamentales asociados al contexto social-familiar, siendo así que un 20% de las alteraciones psiquiátricas infantiles se asocian a lo citado precedentemente. En este sentido, durante esta etapa según Castro et al. (2022) la sintomatología ansiógena aparece a menudo a causa de los agentes estresantes presentes en el contexto relacional y escolar. A todo esto, se ha demostrado que los bajos niveles de la IE son predictores de conductas psicológicamente desajustadas donde se detectan altos grados de ansiedad.

Igualmente, el estilo de los progenitores en responder a las emociones de los hijos como una manera de relacionarse según Dámaso & Serpa (2022) puede alterarse, reflejando una inapropiada socialización, por ende, los adolescentes tienden a desarrollar comportamientos reactivos como predictores de inestabilidad emocional y consecuentemente un deterioro funcional en varias áreas de la vida. Con relación a la escuela, los alumnos: con sintomatología ansiógena tienen predisposición a anticipar el fracaso y por otro lado, con síntomas depresivos se asocian a la reducción de autoeficacia escolar (Romero et al., 2021).

En efecto, la adolescencia es una etapa vulnerable a la aparición de trastornos externalizantes e internalizantes como respuesta a eventos estresantes que corresponden principalmente al ambiente inmediato y escolar. En particular, uno de los estresores que impulsa la aparición de psicopatologías es la respuesta negativa de los progenitores a las emociones de los hijos, lo cual, afecta su relación, a causa de no poseer habilidades de IE. Por ende, la baja IE precipita el desarrollo de patologías, manifestándose mediante las conductas desadaptativas y la inestabilidad emocional.

Ahora bien, unos de los problemas habituales de los adolescentes que los centros educativos perciben, postula Dámaso & Serpa (2022) se relacionan al grado de aprendizaje alcanzado por los estudiantes en alguna área específica que se manifiestan por medio de las dificultades para aprender o para adaptarse a las reglas de comportamiento que maneja la clase, esto se deriva de algunas alteraciones como la ansiedad. De ahí que, los alumnos socialmente ansiosos, como afirma Cejudo et al. (2018) con frecuencia muestran comportamientos evitativos en respuesta al trabajo académico lo que impide evaluar su rendimiento y en efecto, pueden presentar desadaptación socioeducativa.

De la misma manera, los alumnos ansiosos, afirma Romero et al. (2021) tienden a percibirse negativamente como aprendices y a contemplarse como estudiantes que no poseen dominio con respecto a su aprendizaje y todo lo relacionado a este. Esta forma de pensar se presenta principalmente en situaciones ansiógenas marcadas, lo que conduce a la acogida de comportamientos evitativos generadores de angustia emocional. Efectivamente, la acumulación de estas situaciones estresantes añade Cejudo et al. (2018) perjudica el bienestar psicológico y el estado afectivo. Inclusive los estresores tienen influencia en la deserción escolar (Romero et al. 2021).

Por añadidura, el subtipo de los trastornos de ansiedad que se refleja con regularidad en la escuela sostiene Cejudo et al. (2018) es la ansiedad social, que en la adolescencia está

asociada con otras alteraciones psicopatológicas, como el aislamiento o la disforia, entre otras, y con problemas de relación interpersonal, el bullying y el cyberbullying. En definitiva, el bienestar psicológico está incidido no solo por el acontecimiento de eventos estresantes, sino también por las habilidades personales (primando la IE) que establecen la apreciación de tales eventos y la manera en que los alumnos adolescentes afrontan el estrés experimentado.

Con respecto a la sintomatología depresiva en los adolescentes, es la alteración que afecta directamente a las actividades rutinarias, en particular en el colegio y con sus pares (Wesselhoeft et al., 2013, como se citó en Romero et al., 2021). Los síntomas depresivos se asocian con: la disminución de la autoeficacia escolar, a la pérdida de las competencias de aprendizaje y bajos grados de motivación y autoestima, lo que, a su vez, incitan a la deserción escolar. Asimismo, esta patología provoca déficits en la memoria, dificultad con la ejecución de actividades, desordenes de sueño y peso, lo cual se interpone en la habilidad de concentración académica del adolescente.

Por consiguiente, la sintomatología internalizante específicamente la ansiedad y la depresión truncan la funcionalidad del púber en cada contexto en donde pretende desenvolverse, con regularidad en el ambiente educativo, donde esencialmente los problemas se evidencian en: el rendimiento académico, en la valoración del aprendizaje, en la adaptación y en forma de afrontar los eventos estresores que se presentan en este contexto. Por ende, la inhabilidad para manejar las situaciones estresantes puede repercutir en el bienestar psicológico e impulsar a la deserción escolar.

Precedentemente, se demostró según los autores la incidencia de los problemas emocionales como resultado de un déficit de IE en la crianza, ahora con respecto a los problemas comportamentales se dice que, una persona en la etapa de la adolescencia según Dámaso & Serpa (2022) presenta sentimientos de ansiedad, hostilidad, de rechazo que a su vez producen sentimientos de venganza e ira, estos son factores que moldean un resentimiento, el cual se caracteriza por un comportamiento lesivo a los demás, por tal razón se ve afectada la relación con los otros, a esto se suma la agresividad, el hermetismo y el aislamiento social, que tienen similar repercusión (Larraz et al., 2020).

De ahí que, un resentimiento alto, desde el punto de vista de Dámaso & Serpa (2022) se puede presentar por medio de emociones perjudiciales como el rencor, la envidia y sentimientos de violencia, lo que incide en una baja sociabilidad que se relaciona a la ansiedad social, la vergüenza y el retraimiento, todo esto desencadena conductas agresivas de

todo tipo con manifestaciones de hostilidad e ira, que parte de un déficit en IE. Lo que indica, de acuerdo con Larraz et al. (2020) los adolescentes que presentan conductas agresivas tienden a desarrollar problemas de: impulsividad, modulación de la ira, comprensión afectiva, regulación emocional y rumiación.

Así pues, según Dámaso & Serpa (2022) el resentimiento y la agresión en la adolescencia directa o indirectamente influyen en el rendimiento académico, de hecho, posiblemente los estándares bajos en los aprendizajes, las consecuencias en la salud y el bienestar psicológico se manifiestan debido a ambos factores. Asimismo, estos agentes afectan las habilidades sociales debido a que pueden llegar a ser destructores de la competencia social, en efecto, señala Larraz et al. (2020) las relaciones e interacciones sociales se ven perjudicadas a causa de la intencionalidad, deseos o pensamientos de dañar a sus pares a través de conductas violentas.

Efectivamente, las alteraciones emocionales dan paso a los problemas comportamentales como ocurre en la agresividad, que se forma por el dominio de varias emociones negativas que desembocan en pensamientos de perjudicar a los otros hasta llegar a las acciones o actos violentos. Por consiguiente, la agresividad está asociada a la desregulación de las emociones, por lo que, si los adolescentes tienen problemas de la regulación emocional que es la habilidad parte de la IE, entonces, es eminente la aparición de conductas agresivas y todos sus asociados.

Por lo que se refiere a, la violencia en las relaciones de noviazgo durante la adolescencia, inicialmente, las conductas violentas provienen de la agresividad y niveles bajos de IE, en este marco según Estevez et al. (2021) existe un vínculo entre los patrones de violencia en el noviazgo que determinan los adolescentes, la impericia en las relaciones de pareja, los problemas para distinguir los indicios de agresión y el aprendizaje social sobre comportamientos desajustados. Por ende, todos los eventos de violencia tienen efectos emocionales para las víctimas (Larraz et al., 2020).

En consecuencia, las conductas violentas en las parejas de adolescentes debido a niveles bajos de IE, postula Estevez et al. (2021) desencadenan; depresión, insatisfacción con la vida, estrés, bajo rendimiento escolar, ideación suicida, sintomatología ansiógena, consumo de sustancias, baja autoestima, desregulación emocional, carencia de competencias asertivas, dificultades en la resolución de problemas y la inhabilidad para detectar comportamientos violentos. Con esto, los adolescentes que presentan mayores conflictos

conductuales propenden al empleo de la violencia, así como pensamientos sexistas, lo que se constituye como una relación de pareja tóxica.

Ciertamente, el enamoramiento y el noviazgo son elementos propios de la adolescencia, donde los patrones desadaptativos aprendidos son transportados hasta estos estados emocionales y quedan en evidencia, así como la agresividad, la misma que termina en violencia de cualquier tipo. Entonces, los adolescentes que han sido víctimas son las más afectadas, debido a, la incapacidad para reconocer conductas violentas, lo cual ha condicionado su estabilidad emocional además de provocar otros problemas.

Con respecto a los adolescentes que presentan problemas de conducta antisocial, desde el punto de vista de Estevez et al. (2021) tienden a generar comportamientos agresivos marcados, pensamientos negativos hacia los demás y sobre la vida, intimidación, acoso, insultos y delitos. Lo que refleja, una capacidad inferior de: autogestión emocional, autocontrol y empatía. Según Morales et al. (2015) estas características, pero con menos gravedad se asocian al comportamiento negativista desafiante, el mismo que se distingue por conductas desafiantes hacia la autoridad.

De ahí que, es habitual que las conductas antisociales pueden terminar en un comportamiento delictivo en la adolescencia, siendo esta, sostiene Larraz et al. (2020) está vinculada a la agresividad y esto a su vez aumenta el riesgo del consumo de sustancias, lo que, según Estevez et al. (2021) indica mala gestión emocional, problemas de empatía y autocontrol, debido a los bajos niveles de IE. Cabe resaltar que, tras el uso excesivo del castigo en los adolescentes, mayores serán las reacciones desafiantes a la autoridad y agresivas, en donde las reglas no se internalizan y el púber demuestra comportamientos desinhibidos Morales et al., (2015).

De modo que, los adolescentes con comportamientos delictivos propenden a desarrollar niveles altos de agresividad lo que incrementa el consumo de sustancias. Además, estas conductas provienen de por otros factores que pueden evolucionar al problema inicial, como, la conducta antisocial o negativista desafiante. Por lo tanto, se estima valoraciones menores de Inteligencia Emocional en los adolescentes, siendo así que, cuando la regulación de las emociones es inferior, resulta en: el manejo inapropiado de los sentimientos-emociones, carencia de control de pensamientos y conductas desinhibidas en su ambiente inmediato.

En lo concerniente a, el bullying y el ciberacoso según Rueda et al. (2022) otros factores resultantes de niveles menores de IE, a esto reafirma Larraz et al. (2020) tanto los adolescentes que han sido víctimas como los agresores presentan niveles bajos de IE. Es preciso señalar que, los involucrados no presentan tantos problemas en la percepción y expresión emocional, pero sí en la comprensión y regulación (Alvarado et al., 2020). En tal sentido, el acoso es un problema grave por los efectos que provoca en las relaciones sociales, salud en general, en el rendimiento académico, y en otras muchas secuelas que deja en las víctimas y su contexto inmediato (Rueda et al., 2022).

En tal sentido, los adolescentes con déficits de regulación para hacer frente al bullying, postula Rueda et al. (2022) asocian a la agresividad como la manera de gestionar: la frustración, la rabia o la tristeza, lo cual resulta en el desarrollo de comportamientos desadaptativos que pueden conducir a acciones criminales. Asimismo, la necesidad de dominar podría estar mitigando una carencia de atención o de autoestima. Por otro lado, las víctimas poseen dificultades de autoconcepto y desconfianza, además, experimentan soledad (Quintana et al., 2021). También, los individuos ansiosos socialmente presentan conductas de victimización al acoso (Cejudo et al., 2018).

A fin de cuentas, en los adolescentes el bullying y cyberbullying al igual que las anteriores patologías, provienen de niveles bajos de IE, pero, particularmente con dificultades en la regulación emocional y en la empatía, tanto en las víctimas como los acosadores. Es importante destacar que, los autores del bullying utilizan la regulación de forma inadecuada, ya que justifican las descargas emocionales con acciones violentas en miras de causar daño a los demás, esto, repercute en las víctimas causando en ellas conductas incongruentes y de victimización.

Finalmente, el suicidio uno de los problemas que integra el compilado de dificultades conductuales y emocionales anteriormente mencionados, se constituye como la segunda causa de muerte en adolescentes (OMS, 2016, como se citó en Quintana et al., 2021). Por lo tanto, afirma Bonet et al. (2020) este representa grandes conflictos para desarrollar las distintas habilidades que forman parte de la IE. Entonces, la incapacidad para afrontar y regular las emociones son indicadores de riesgo e influyen en el desarrollo de síntomas externalizantes e internalizantes, estas, propenden a generar psicopatología y ciertas conductas suicidas.

De modo que, a más los indicadores de riesgo del suicidio, la incompetencia para

afrontar las emociones, también se toma en consideración según Bonet et al. (2020) a los sentimientos de desesperanza al futuro, baja autoestima, ineficacia en el afrontamiento de las actividades, carencia de habilidades sociales, aislamiento y otras psicopatologías asociadas. Además, el acoso, para Quintana et al. (2021) conlleva emociones negativas y la soledad que vulneran al púber para la aparición de la ideación suicida. Por lo tanto, los problemas de este colectivo y la ausencia de una red de apoyo hacen difícil su incorporación a la sociedad (Bonet et al., 2020).

Así es que la conducta suicida, uno de los problemas más graves de la salud conlleva el desborde de conflictos inmanejables por los adolescentes, a causa de la escasa o nula tenencia de estrategias de la IE, esto da paso al desarrollo de sintomatología externalizante e internalizante, las mismas que pueden desencadenar psicopatologías incapacitantes que moldean: la ideación, los intentos y las conductas suicidas, y, que principalmente son factores herméticos que limitan al púber del acceso al contexto social.

En resumidas cuentas, los niveles bajos de Inteligencia Emocional en la crianza conllevan consecuencias negativas para los niños y los adolescentes en todos los ámbitos de su vida. A partir de, las dificultades para regular las emociones lo cual es un factor que limita la IE, consecuentemente, se desencadenan problemas tanto emocionales y conductuales, esto, al no ser tratados se trasladan de la infancia hacia la adolescencia y pueden evolucionar en alteraciones intenalizantes y externalizantes, por tanto, estas son factores de riesgo a la aparición de problemas incapacitantes.

Para finalizar con la argumentación, es importante señalar que la IE es significativa en la infancia y adolescencia, debido a que, juega el papel de factor predictor y preventivo al desarrollo de patologías internalizantes y externalizantes, por ende, el uso de la IE como estrategia en las prácticas de crianza parental propende a que los hijos asimilen habilidades de afrontamiento saludables, esto les posibilita alcanzar el bienestar integral. Por el contrario, los bajos niveles de IE hacen más probable el desencadenamiento de psicopatologías emocionales y comportamentales. Por tanto, en corroboración a la información planteada queda en constancia que, existe una correlación directa entre las prácticas de crianza y la IE.

Conclusiones:

A partir del análisis precedente, en respuesta a los objetivos planteados, queda en evidencia que, existe una relación significativa entre las prácticas de crianza parental y la Inteligencia Emocional, debido a que estas son una eficaz herramienta para el desarrollo de las habilidades socioafectivas en los niños y adolescentes, lo que les permite alcanzar el bienestar integral o en su defecto, cuando los patrones de crianza son negativos producen reacciones adversas sobre la IE lo cual aumenta la probabilidad de desencadenar psicopatologías como la depresión.

En definitiva, por todas las razones ya expuestas la IE es una forma de aprendizaje adquirido esencialmente de las figuras paternas quienes la predicen como un factor protector de la crianza. Por ello, es de vital importancia ser conscientes de los beneficios y el valor que representa la IE durante la infancia, debido a que, el empleo de sus estrategias por los padres facilita en los hijos conseguir un bienestar integral y prevenir el desarrollo de psicopatologías o problemas que evitan la disfunción del niño, fundamento más que suficiente para ratificar la idea de que resulta más favorecedor para las siguientes etapas del desarrollo.

En virtud de lo argumentado, las prácticas de crianza se establecen como las acciones que ejecutan los padres para cuidar o educar a sus hijos, lo cual, proviene del sistema de costumbres y creencias que se han validado en patrones de comportamientos contextualizadas en una cultura determinada, a fin de promocionar el desarrollo de los niños. Así pues, las pautas de crianza más relevantes se enfocan en el manejo de: los grados de comunicación, el tono relacional, el apoyo/ afecto, el control, la disciplina, el fomento de habilidades, la resolución de problemas y la participación. Por lo tanto, tras la combinación de estos modelos de crianza se considera al estilo democrático como beneficioso y al negligente como desfavorecedor.

Para finalizar, las consecuencias en niños y adolescentes con niveles bajos de IE parten del déficit o exageración de las prácticas de formación parental, lo que resulta en afectaciones graves ya que esta población tiende a desarrollar efectos nocivos que reducen el estado de bienestar y facilitan el desarrollo de sintomatología internalizante y externalizante. Por lo tanto, la falta de estrategias para afrontar eventos estresantes tiene impacto sobre la salud mental, esencialmente repercute en el comportamiento y en el ámbito emocional generando problemas significativos en estos dos campos.

Referencias Bibliográficas

1. Adekeye, O. A., Alao, A. A., Adeusi, S. O., Odukoya, J., & Godspower, C. S. (2014). *CORRELATES BETWEEN PARENTING STYLES AND THE EMOTIONAL INTELLIGENCE: A STUDY OF SENIOR SECONDARY SCHOOL STUDENTS IN LAGOS STATE*. Repositorio de La Universidad de Covenant. <https://core.ac.uk/download/pdf/186349357.pdf>
2. Aguilar-Yamuza, B., Raya-Trenas, A. F., Pino-Osuna, M. J., & Herruzo-Cabrera, J. (2019). Relación entre el estilo de crianza parental y la depresión y ansiedad en niños entre 3 y 13 años. *Psicología Clínica Con Niños y Adolescentes*, 6(1), 36–43. http://www.revistapcna.com/sites/default/files/05_1.pdf
3. Alvarado, J., Jiménez-Blanco, A., Artola, T., Sastre, S., & Azañedo, C. (2020). Emotional Intelligence and the Different Manifestations of Bullying in Children. *International Journal of Environmental Research and Public Health* 2020, Vol. 17, Page 8842, 17(23), 8842. <https://doi.org/10.3390/IJERPH17238842>
4. Arrivillaga, C., & Extremera, N. (2020). Evaluación de la Inteligencia Emocional en la Infancia y la Adolescencia: Una Revisión Sistemática de Instrumentos en Castellano Emotional Intelligence Assessment in Childhood and Adolescence: A Systematic Review of Measures in Spanish. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación*, 2(55), 121–139. <https://doi.org/10.21865/RIDEP55.2.09>
5. Aya-Angarita, S. L., & García-Suárez, C. I. (2020). El universo emocional en las interacciones parentofiliales: un acercamiento al estado del arte. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 18(1), 118–134. <https://doi.org/10.11600/1692715X.18106>
6. Billstein, L. E., Robbins, J. B., & Awan, O. A. (2021). Teaching Emotional Intelligence: How Much Do We Care About It? <https://doi.org/10.1148/Rg.2021200050>, 41(3), E68–E70. <https://doi.org/10.1148/RG.2021200050>
7. Bonet, C., Palma, C., & Gimeno-Santos, M. (2020). Riesgo de suicidio, inteligencia emocional y necesidades psicológicas básicas en adolescentes tutelados en centros residenciales. *Psicología Clínica Con Niños y Adolescentes*, 7(1), 30–37. <https://www.revistapcna.com/sites/default/files/1907-2.pdf>
8. Capano Bosch, A., González Tornaría, M. del L., & Massonnier, N. (2016). Estilos relacionales parentales: estudio con adolescentes y sus padres. *Revista de Psicología*,

34(2), 413–444.

<https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/psicologia/article/view/14945/15480>

9. Castro-Sánchez, M., Ramiro-Sánchez, T., García-Mármol, E., & Chacón-Cuberos, R. (2022). The association of trait emotional intelligence with the levels of anxiety, stress and physical activity engagement of adolescents. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 54, 130–139. <https://doi.org/10.14349/RLP.2022.V54.15>
10. Cejudo, J., Rodrigo-Ruiz, D., López-Delgado, M. L., & Losada, L. (2018). Emotional Intelligence and Its Relationship with Levels of Social Anxiety and Stress in Adolescents. *International Journal of Environmental Research and Public Health* 2018, Vol. 15, Page 1073, 15(6), 1073. <https://doi.org/10.3390/IJERPH15061073>
11. Dámaso-Flores, J., & Serpa-Barrientos, A. (2022). Modelo Explicativo del Rendimiento Académico Asociado a Estilos de Crianza, Agresión y Resentimiento en Adolescentes Peruanos Explanatory Model of Academic Performance Associated with Parenting Styles, Aggression and Resentment in Peruvian Adolescents. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación-e Avaliação Psicológica. RIDEP · N°62* , 1(62), 5–15. <https://doi.org/10.21865/RIDEP62.1.01>
12. Domínguez Alonso, J., Nieto Campos, B., & Portela Pino, I. (2022). Variables personales y escolares asociadas a la inteligencia emocional adolescente. *Educación XXI*, 25(1), 335–355. <https://doi.org/10.5944/EDUCXX1.30413>
13. Estevez-Casellas, C., Gómez-Medina, M. D., & Sitges, E. (2021). Relationship between Emotional Intelligence and Violence Exerted, Received, and Perceived in Teen Dating Relationships. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18(5), 1–15. <https://doi.org/10.3390/IJERPH18052284>
14. Fariña, U. R., Fariña, R., Caballero, D., Morán, F., Silvero, J., Suárez, R., Weberhofer, J., & Arce, A. (2017). Epidemiología de los trastornos mentales en niños y adolescentes: un estudio del Departamento de Psiquiatría de la Infancia y la Adolescencia del Hospital de Clínicas, Universidad Nacional de Asunción, Paraguay. *Medicina Clínica y Social*, 1(3), 192–200. <https://doi.org/10.52379/MCS.V1I3.36>
15. García-Tudela, P. A., & Marín-Sánchez, P. (2021). Educación de la inteligencia emocional en edad escolar: Un estudio exploratorio desde la perspectiva docente. *Revista Electrónica Educare*, 25(3), 1–21. <https://doi.org/10.15359/REE.25-3.6>
16. Godoy Rojas, I. A., & Sánchez Moreno, M. (2021). Estudio sobre la inteligencia emocional en educación primaria Study on emotional intelligence in primary school. *Revista Fuentes*, 23(2), 254–267. <https://doi.org/10.12795/revistafuentes.2021.12108>

17. Goleman, D. (2010). *Inteligencia Emocional*. Kairos.
<https://ebookcentral.proquest.com/lib/ucacue/reader.action?docID=678707&query=inteligencia+emocional>
18. Gómez Tabares, A. S., & Narvaez Marin, M. (2022). Dimensiones de la personalidad y su relación con las tendencias prosociales y la empatía en niños(as) y adolescentes en vulnerabilidad psicosocial. *Revista de Psicología*, 40(1), 37–72.
<https://doi.org/10.18800/PSICO.202201.00>
19. Guil, R., Mestre, J. M., Gil-Olarte, P., de la Torre, G. G., & Zayas, A. (2018). Desarrollo de la inteligencia emocional en la primera infancia: una guía para la intervención. *Universitas Psychologica*, 17(4), 1–12. <https://doi.org/10.11144/JAVERIANA.UPSY17-4.DIEP>
20. Holtrop, K., McNeil Smith, S., & Scott, J. (2015). Associations between Positive Parenting Practices and Child Externalizing Behavior in Underserved Latino Immigrant Families. *Fam Process*, 54(2), 375. <https://doi.org/10.1111/FAMP.12105>
21. Juárez, J., & Fragoso, R. (2019). Prácticas Parentales e Inteligencia Emocional en Estudiantes de Secundaria. Un Estudio Correlacional. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 2, 93–106.
<https://revista.infad.eu/index.php/IJODAEP/article/view/1371/1514>
22. Larraz Rábano, N., Urbon Ladrero, E., Antoñanzas Laborda, J. L., & Salavera, C. (2020). LA SATISFACCIÓN CON LA FAMILIA Y SU RELACIÓN CON LA AGRESIVIDAD Y LA INTELIGENCIA EMOCIONAL EN ADOLESCENTES. *KNOW AND SHARE PSYCHOLOGY*, 1(4), 171–179. <https://doi.org/10.25115/KASP.V1I4.4247>
23. Morales Chainé, S., Félix Romero, V., Rosas Peña, M., López Cervantes, F., & Nieto Gutiérrez, J. (2015). Vista de Prácticas de crianza asociadas al comportamiento negativista desafiante y de agresión infantil. *Avances En Psicología Latinoamericana*, 33(1), 57–76.
<https://revistas.urosario.edu.co/index.php/apl/article/view/apl33.01.2015.05/2540>
24. Orozco Solis, M. G. (2021). Inteligencia emocional, empatía y buen trato como factores protectores frente a la agresión física en adolescentes. *CES Psicología*, 14(2), 1–19.
<https://doi.org/10.21615/CESP.5222>
25. Paez, A. E., & Rovella, A. (2019). Vínculo de apego, estilos parentales y empatía en adolescentes. *Interdisciplinaria. Revista de Psicología y Ciencias Afines*, 36(2), 23–38.
<https://doi.org/10.16888/I.V36I2.649>

26. Portillo Peñuelas, S. A., & Reynoso González, O. U. (2021). Autoconcepto, ajuste escolar e inteligencia emocional en estudiantes mexicanos de bachillerato en línea. *PUBLICACIONES*, 51(1), 228.
<https://doi.org/10.30827/PUBLICACIONES.V51I1.16445>
27. Postigo-Zegarra, S., Schoeps, C., Montoya-Castilla, I., & Escarti, A. (2019). Emotional education program for adolescents (PREDEMA): evaluation from the perspective of students and effects on socio-affective competences / Programa de educación emocional para adolescentes (PREDEMA): valoración desde la perspectiva de los participantes y sus efectos en las competencias socio-afectivas: *Journal for the Study of Education and Development: Vol 42, No 2. Journal for the Study of Education and Development* , 303–336. <https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/02103702.2019.1578925>
28. Quintana-Orts, C., Rey, L., & Neto, F. (2021). Are Loneliness and Emotional Intelligence Important Factors for Adolescents? Understanding the Influence of Bullying and Cyberbullying Victimization on Suicidal Ideation. *Psychosocial Intervention*, 30(2), 67–74. <https://doi.org/10.5093/PI2020A18>
29. Romero González, M., Primé-Tous, M., Bondelle, E. V., Vázquez-Morejón, A., Santamarina, P., Morer, A., & Lázaro, L. (2021). Parents' Emotional Intelligence and their Children's Mental Health: A Systematic Review. *Journal of Psychiatry and Psychiatric Disorders*, 5(2), 58–75. <http://www.fotunejournals.com/parentsrsquo-emotional-intelligence-and-their-childrensrsquos-mental-health-a-systematic-review.html>
30. Romero-Acosta, K., Gómez-De-Regil, L., Lowe, G. A., Lipps, G. E., & Gibson, R. C. (2021). Parenting Styles, Anxiety and Depressive Symptoms in Child/Adolescent. *International Journal of Psychological Research*, 14(1), 12–32.
<https://doi.org/10.21500/20112084.4704>
31. Rueda, P., Pérez-Romero, N., Cerezo, M. V., & Fernández-Berrocal, P. (2022). The Role of Emotional Intelligence in Adolescent Bullying: A Systematic Review. *Https://Journals.Copmadrid.Org/Psed*, 28(1), 53–59.
<https://doi.org/10.5093/PSED2021A29>
32. Ruiz-Hernández, J. A., Moral-Zafra, E., Llor-Esteban, B., & Jiménez-Barbero, J. A. (2019). Influence of parental styles and other psychosocial variables on the development of externalizing behaviors in adolescents: A sytematic review. *European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 11(1), 9–21.
<https://doi.org/10.5093/EJPALC2018A11>

33. Salavera, C., Usán, P., & Quilez-robres, A. (2022). Exploring the Effect of Parental Styles on Social Skills: The Mediating Role of Affects. *International Journal of Environmental Research and Public Health* 2022, Vol. 19, Page 3295, 19(6), 3295.
<https://doi.org/10.3390/IJERPH19063295>
34. Salimynezhad, S., Poor, N. Y., & Valizade, A. (2015). The Studies of Relationship between Parental Styles with Emotional Intelligence in Elementary Schools Students of MAKOO. *Procedia - Social and Behavioral Sciences*, 205, 221–227.
<https://doi.org/10.1016/J.SBSPRO.2015.09.063>
35. Sporzon, G., & López, M. C. (2021). Evaluación de la inteligencia emocional y la conducta prosocial y su correlación en alumnado de Educación Primaria. *Estudios Sobre Educación*, 40, 51–73. <https://doi.org/10.15581/004.40.51-73>
36. Valiente Barroso, C., Arguedas-Morales, M., Marcos Sánchez, R., & Martínez Vicente, M. (2020). Fortaleza psicológica adolescente: relación con la inteligencia emocional y los valores. *Aula Abierta*, 49(4), 393. <https://doi.org/10.17811/RIFIE.49.4.2020.385-394>



Kaina Dennis Calderón Aguirre portadora de la cédula de ciudadanía N° **1105642787**. En calidad de autora y titular de los derechos patrimoniales del trabajo de titulación **“La Inteligencia Emocional en las Prácticas de Crianza Parental”** de conformidad a lo establecido en el artículo 114 Código Orgánico de la Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación, reconozco a favor de la Universidad Católica de Cuenca una licencia gratuita, intransferible y no exclusiva para el uso no comercial de la obra, con fines estrictamente académicos y no comerciales. Autorizo además a la Universidad Católica de Cuenca, para que realice la publicación de éste trabajo de titulación en el Repositorio Institucional de conformidad a lo dispuesto en el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior.

Cuenca, **25 de abril de 2023**

Kaina Dennis Calderón Aguirre

C.I. 1105642787